

## CAPÍTULO X

### PARTIDA DE PLACER.

#### MI TRISTE SEPARACIÓN DE CLEMENTINA.

#### PARTO DE MILÁN CON LA AMIGA DELLA CROCE.

#### MI LLEGADA A GÉNOVA

Me metí enseguida en la cama ordenando a Clairmont que no me esperase. Me hacía reír el plan de Clementina: para ella, la mejor manera de hacer que alguien prescindiera de su apetito era poner ante sus ojos los platos que le gustaban, haciéndole saber únicamente que le estaba prohibido tocarlos. Ella no sabía más que yo sobre esa materia; pero la idea que había expresado, según la cual si nos resistimos a los deseos no nos sentimos humillados después de haberlos satisfecho, estaba llena de sentido. La humillación que le daba miedo procedía del apego y del respeto que tenía por sus deberes, y me hacía el honor de suponerme que yo pensaba como ella. Me convenía que siguiera creyéndolo. Me dormí decidido a no intentar nunca nada que pudiese hacerme perder su confianza.

Al día siguiente llamé muy tarde. Vino a desearme los buenos días trayendo en sus manos el *Pastor Fido*.

—He terminado el primer acto —me dijo—; nunca he leído nada tan dulce. Levantaos. Leeremos el segundo antes de comer.

—¿Puedo levantarme delante de vos?

—¿Por qué no? Un hombre necesita muy poco para observar las leyes de la decencia.

—Hacedme entonces el favor de darme esa camisa.

Me la pasó por encima de la cabeza con aire risueño y yo le dije, al darle las gracias, que a la primera ocasión le devolvería el mismo servicio.

—De vos a mí —me respondió ruborizándose— hay menos distancia que de mí a vos.

—Esta vez, mi divina Hebe, habéis respondido como un verdadero oráculo, como hacíais cuando os adoraban en Corinto.

—¿Tuvo Hebe un templo en Corinto?<sup>1</sup> Sardini no lo dice.

1. No parece que haya existido culto de Hebe en Corinto.

–Pero sí lo dice Apolodoro.<sup>2</sup> Hasta era un asilo. Pero os ruego que no evitéis la pregunta. Lo que habéis dicho es antigeométrico. La distancia entre vos y yo debe ser la misma que entre yo y vos.

–He dicho una bobada.

–Nada de eso. Teníais una idea y, justa o no, quiero saberla.

–Bueno, ambas distancias difieren en relación con el ascenso y el descenso. ¿No es cierto que el descenso es natural a un cuerpo abandonado que no necesita ser impulsado? ¿No es cierto también que sin impulso no hay ascensión? Si esto es así, tendréis que admitir que yo, más pequeña que vos, sólo podría alcanzaros ascendiendo, lo cual es difícil; mientras que para venir a mí, vos sólo tendríais que dejaros ir, lo cual es muy fácil. Por esta razón, vos no arriesgáis nada permitiendo que os ayude a cambiaros de camisa; pero yo arriesgaría mucho dejando que me hicierais el mismo favor. Vuestra caída sobre mí, demasiado rápida, podría aplastarme. ¿Estáis convencido?

–¿Convencido? Estoy extasiado. Nunca se ha justificado con más ingenio una paradoja. Podría discutirla largo y tendido, pero prefiero callarme, admirar y adoraros.

–Por favor, no quiero favores. ¿Cómo podríais discutirla?

–Critizando la habilidad con que habéis sacado a relucir mi estatura, mientras que no querríais que yo os cambiase de camisa aunque fuera un enano.

–Muy bien, mi querido Yolao, entre nosotros no podemos dejar que reine el engaño. Seré feliz si Dios me hubiera destinado un marido como vos.

–¡Ay de mí! ¿Por qué no soy yo digno?

La condesa madre vino a avisarnos para ir a comer, añadiendo que se alegraba mucho de que nos amásemos.

–Hasta la locura –le respondió Clementina–, pero somos sensatos.

–Si sois sensatos, no os amáis hasta la locura.

2. Apolodoro de Atenas, sabio griego (ca. 180-109 a.C.), autor de cuatro libros de *Crónicas* y de los veinticuatro libros de la *Doctrina de los Dioses*, que nos han llegado fragmentariamente. También se le atribuía una obra litográfica del siglo II, la *Biblioteca*, a la que Casanova alude.

Comimos, jugamos y, después de cenar, acabamos el *Pastor Fido*. Me preguntó si el canto decimotercero de la *Eneida* del señor Vigi era bello.

—Mi querida condesa, no vale nada, si lo alabé fue para halagar a un descendiente del autor, que sin embargo escribió un poema más meritorio sobre las bellaquerías de los campesinos. Pero tenéis sueño y os impido desvestiros.

—No lo creáis.

Después de haberse desvestido sin conceder nada a la codicia de mis ojos, se metió en la cama; yo me senté a sus pies, y su hermana nos dio la espalda. Como el *Pastor Fido* estaba sobre la mesilla de noche, lo cogí y lo abrí al azar en el pasaje en que Mirtilo<sup>3</sup> habla de la dulzura del beso que recibió de Amarilis. Clementina me parecía tan emocionada y enternecida que me sentía arder: pegué mi boca a la suya y, al no ver ninguna señal de alarma, iba a estrecharla contra mi seno cuando con la mayor dulzura, alargando un brazo, ella se alejó rogándome que la respetase. Le pedí perdón entonces, besando cien veces la bella mano que me había entregado.

—Estáis temblando —me dijo.

—Sí, mi querida condesa; y puedo aseguraros que es del miedo a haberos disgustado. Adiós, me voy, deseando amaros menos.

—De ninguna manera, porque ese deseo sólo puede ser un comienzo de odio. Haced como yo; deseo que el amor que me habéis inspirado aumente cada día en perfecta igualdad con la fuerza que necesito para resistirlo.

Fuí a acostarme muy descontento conmigo mismo. No sabía decidir si había hecho demasiado o demasiado poco; y, tanto si era lo uno como lo otro, estaba arrepentido. Clementina no parecía hecha para ser tan respetada como amada, y no conseguía imaginar que pudiera seguir amándola sin la recompensa que el amor debe al amor. Si me amaba, no podía negármela; pero dependía de mí solicitarla, debía incluso presionar para permitirle que justificara su derrota. El deber de un amante es obligar al objeto que ama a rendirse, y el amor nunca podría tacharlo de ser

3. Nombre del pastor fiel en la literatura pastoril, enamorado de la ninfa Amarilis, que le da un beso en el acto II, escena 1ª.

insolente. Así pues, Clementina sólo podía oponer una resistencia absoluta si no me amaba; debía ponerla a prueba, sobre todo porque, si la encontraba invencible, me sentía seguro de curarme de su amor. No había duda. Pero apenas decidido a emplear ese medio, al pensar en él me parecía abominable. La idea de dejar de amar a Clementina me envenenaba. Aborrecía aquella curación más que la muerte, porque ella era digna de ser adorada.

Dormí mal. Me levanté muy temprano, entré en su cuarto, aún seguía durmiendo, y la condesa Eleonora se vestía.

—Mi hermana —me dijo— ha estado leyendo hasta las tres de la mañana. Ahora que tiene todos esos libros se volverá loca. Vamos a gastarles una broma. Poneos junto a ella en este lado. Veamos su sorpresa cuando al despertarse y volverse os vea.

—¿Creéis que se lo tomará a broma?

—No podrá por menos de echarse a reír, porque vos estáis vestido.

Hago lo que me dice. En bata y gorro de noche me pongo en el sitio que Eleonora acaba de dejar tapado hasta el cuello; la joven se reía mientras mi corazón palpitaba, pues mi espíritu se reconocía incapaz de dar al juego un aire cómico de broma, lo único que podía ampararlo bajo el barniz de la inocencia. Deseaba que tardara en despertar para tener tiempo de asumir una apariencia de broma.

Por fin Clementina se despierta. Se vuelve y, con los ojos cerrados, alarga el brazo libre; creyendo abrazar a su hermana me da un beso como era su costumbre y permanece en la posición de volver a dormir; pero Eleonora no podía más y empezó a reírse. Clementina abre los ojos y sólo me ve entre sus brazos al instante después de haber visto a su hermana de pie y riéndose.

—¡Qué broma tan bonita! —dijo ella sin moverse—. Y os admiro a los dos.

Tras este principio me recobro, la confianza me anima y me siento lo suficiente dueño de mí mismo como para interpretar mi papel.

—Así es como he recibido un beso de mi bella Hebe —le dije.

—Creía dárselo a mi hermana; es el beso que Amarilis dio a Mirtilo.

—Da igual. Ha provocado el efecto que debía provocar, y Yolao ha rejuvenecido.

—Querida hermana, lo que has dejado hacer a mi querido Yolao es demasiado fuerte, porque nos queremos y estaba soñando con él.

—No es demasiado fuerte —replicó Eleonora— porque está totalmente vestido. Mira.

Y diciendo estas palabras retira la manta para demostrarle que era cierto; pero al querer mostrarme a su hermana, deja al descubierto unas bellezas que la manta no me permitía ver. Clementina las oculta enseguida, pero yo ya había visto la cornisa y el friso del altar del amor donde deseaba morir. Ella vuelve a taparse mientras Eleonora se va, dejándome apoyado en un codo, con la cabeza inclinada hacia aquel tesoro del que una fuerza oculta me impedía apoderarme.

—Mi querida Hebe —le decía—, sois desde luego más bella que la diosa. He visto lo que se le vio a ella cuando se cayó, y si hubiera sido Júpiter no habría actuado como él.

—Sardini dice que Júpiter la expulsó; y, para vengar a Hebe, ahora yo debería expulsar a Júpiter.

—Pero habéis de pensar que soy Yolao. Soy vuestra obra. Os amo, y lucho por ahogar unos deseos que me martirizan.

—¿Habéis concertado esta broma con Eleonora?

—No, no nos hemos puesto de acuerdo. Todo ha sido fruto del azar: yo he entrado, ella estaba vistiéndose, vos dormíais, me dice que me ponga en su sitio para reírnos con vuestra sorpresa, y debo agradecersele. Las bellezas que he visto superan la idea que de ellas había concebido. Mi Hebe es encantadora. ¿Puedo esperar un generoso perdón?

—Es singular que cuando se siente una amistad demasiado tierna por alguien no se pueda impedir sentir curiosidad por toda su persona.

—Es lógico, mi divina pensadora. El amor mismo podría ser considerado como una curiosidad fortísima, si pudiera incluirse la curiosidad entre las pasiones; y vos ¿no sentís curiosidad por mí?

—No. Quizá me desagradaríais; y no quiero correr ese riesgo, porque os amo y estoy encantada con los sentimientos que me hablan en favor vuestro.

–Veo que es muy posible, y que por lo tanto debo tener mucho cuidado de conservar mis privilegios.

–Entonces, ¿estáis contenta conmigo?

–Totalmente, porque soy bastante buen arquitecto. Me parecéis de una regularidad divina.

–Enhorabuena, mi querido Yolao, pero absteneos de tocarla. Ha de bastaros, para juzgar, el hecho de haber visto.

–¡Ay!, conceded también algo al tacto, que debe emitir un juicio sobre la resistencia y la suavidad de esos mármoles que la naturaleza ha pulido tan bien. Dejad que bese esas dos fuentes de vida. Las prefiero a las cien de Cibeles,<sup>4</sup> y no puedo tener celos de Atis.

–Os equivocáis. Sardini dice que era Diana de Éfeso la que tenía las cien tetas.

¿Cómo contener la risa en ese momento oyendo salir de la boca de Clementina una erudición mitológica? ¿Puede esperarse el amor semejante episodio? ¿Puede temerlo? ¿Preverlo? No. Pero lejos de parecerme cruel, vi que sólo podía resultarme favorable. Le dije que tenía razón pidiéndole excusas, y un sentimiento de gratitud literaria le impidió prohibir a mis labios caer sobre un capullo de rosa que de visible sólo tenía el color.

–Es inútil que chupéis; son estériles. Id con mi hermana. Pero ¿tragáis?

–Sí, la quintaesencia de mi propio beso.

–También puede haber algunas partículas de mi sustancia, porque me habéis hecho sentir placer. Ha sido un beso largo, pero creo que es preferible el que se da en la boca.

–Tenéis razón. En ése la reciprocidad es más viva.

–¡Precepto y ejemplo! ¡Cruel preceptor! Acabemos. Todo esto produce demasiado placer. El amor nos mira y se ríe de nuestra temeridad.

–¿Por qué, mi querida amiga, tardamos tanto en concederle una victoria que sólo puede hacernos felices?

–Esa felicidad no es segura. No, os lo ruego. Dejad los bra-

4. Diosa frigia de la fertilidad, cuyo culto, nacido en Asia Menor, se difundió por todo el mundo clásico. Atis, dios frigio de la fecundidad, fue infiel a Cibeles, que lo castigó con la locura hasta el punto de llegar a mutilarse.

zos ahí. Si los besos pueden matarnos, matémonos; pero no nos sirvamos de otras armas.

Tras un largo combate tan dulce como cruel, fue ella la que hizo una pausa y la que, lanzando por los ojos chispas de llama, me rogó que me fuera a mi cuarto.

En la violencia de la situación en que me encontraba, mi amor se había disuelto en lágrimas, deplorando la constricción en que la había mantenido un prejuicio enemigo de su naturaleza. Tras haber calmado mi fuego con una ablución que nunca había necesitado tanto, me vestí y volví a su cuarto. Estaba escribiendo.

–Me siento animada –me dijo– por un entusiasmo que en todo el tiempo pasado nunca he sentido. Quiero cantar en verso la victoria que hemos obtenido.

–Triste victoria, enemiga de la naturaleza humana, fuente de muerte que el amor debe aborrecer porque lo deshonra.

–Eso es poesía. Escribamos los dos dejándonos llevar por el genio de nuestra musa, celebrando esa victoria y censurándola. Pero parecéis triste.

–Sufro, pero como vos no conocéis la conformación masculina, no podéis saber por qué.

Clementina no respondió, pero la vi afectada. Yo sufría un dolor sordo y desolador allí donde el prejuicio tirano me había tenido encadenado en los momentos en que el amor me quería libre. Sólo la cama y el sueño podían volver a equilibrar la zona. Comí lleno de tristeza, sin prestar más que una ligera atención a la lectura de la traducción que el señor Vigi me trajo. Rogué a mi amigo el conde seguir en la banca por mí, y me permitieron irme a dormir. Nadie podía adivinar mi enfermedad; sólo Clementina debía de sospecharla.

Después de haber dormido tres o cuatro horas, me puse a escribir en *terza rima*,<sup>5</sup> como el Dante, la historia de la enfermedad que había soportado a consecuencia de la triste victoria. Fue la propia Clementina la que me trajo de cenar, diciéndome que la banca había ganado y que su cuñado me rendiría cuentas al día siguiente. Tras haberme visto cenar con buen apetito, se re-

5. Terceto.

tiró para ir también a cantar en verso la misma historia. La terminé y la pasé a limpio antes de dormirme de nuevo, y muy temprano vi a Clementina en mi cama, con su poemita, que leí complacido, entre las manos. El placer que ella sintió al oírme hacer el elogio de sus pensamientos fue mucho mayor que el mío.

Pero el mío fue todavía mayor cuando, leyendo lo que yo había escrito, la vi enternecida y varias veces a punto de derramar lágrimas. También tuve el placer de oírle decirme que si hubiera conocido esa parte de la física que vuelve al estudiante docto en tal materia, habría obrado de otra forma.

Después de haber tomado una taza de chocolate con ella, le rogué que se acostase a mi lado como estaba, vestida, y me tratara como yo la había tratado la víspera para que así comprendiese la clase de martirio que era; y, tras sonreír, se rindió a mis instancias; pero a condición de que yo no debía moverme.

Así pues, hube de dejarla hacer; pero al final no tuve motivo de queja. Siendo ella dueña de todo, yo gocé del despotismo que ejerció sobre mí, sabiendo el dolor que debía sentir por no ejercerlo sobre ella, y condenando sus ojos a no ver lo que estaba en poder de sus manos; la incité en vano a satisfacerse en todo lo que pudiera desear; pero nunca quiso admitir que deseaba más de lo que hacía.

—En este momento —le decía yo— es imposible que vuestro placer sea igual al mío.

Y me respondía que, de ser así, yo me equivocaría quejándome.

Al irse me dijo, toda encendida, que estaba convencida de que en amor había que hacer todo o nada.

Pasamos la jornada leyendo, en la mesa, paseando, jugando, riéndonos de cien cosas sin hacer en amor el progreso que las muestras que había recibido me prometían. Quería ser dueña de mí, mas no quería que yo lo fuese de ella; me quejaba de eso con dulzura, y a ella no podía parecerle mal.

Dos o tres días después, hacia medianoche, le propuse, estando su hermana presente y acostada a su lado, el expediente que se propone a una religiosa, a una viuda, a una muchacha núbil que se niega al amor por las consecuencias que teme. Saqué de mi bolsillo un paquete de finas capotas de Inglaterra, expli-

cándole la forma en que podían utilizarse, y dejando que examinase a gusto el mecanismo y la forma de estas bolsas. Después de haberse reído mucho, dictaminó, y su hermana estaba de acuerdo, que eran infames, repugnantes y escandalosas. Sostuvo además que no eran seguras, porque podían desgarrarse fácilmente. Fue inútil que yo negara esa facilidad. Hube de guardármelas en el bolsillo cuando me dijo que sólo verlas la horrorizaba.

Decidí que Clementina sólo podía resistir tanto porque no estaba bastante enamorada, y con esa idea me di cuenta de que era yo quien debía enamorarla mediante el infalible método de procurarle placeres nuevos, no ahorrando en gastos. Pensé en ofrecerle una comida exquisita en Milán, en casa del pastelero, cuyo piso aún me pertenecía. Debía llevar a toda la familia, sin dar ninguna explicación sobre la meta del paseo, porque mi amigo el conde habría podido creerse obligado a advertir a su mujer y a presentarle a sus hermanas, cosa que habría echado a perder todo mi placer. La fiesta debía ser seductora, porque ninguna de las tres hermanas había visto nunca Milán. Poco a poco me encontré a mí mismo tan seducido por la idea que se me había ocurrido que decidí que todo debía ser magnífico.

Mandé por escrito a Zenobia ir enseguida a comprar tres vestidos confeccionados para tres jóvenes de condición, y con las telas de Lyon más bonitas que pudiera encontrar; le enviaba las medidas, advirtiéndola con todo detalle de los adornos que quería. Los más costosos, que debían ser de encajes de Valenciennes, los había destinado a un vestido de raso perla, que era el más corto y debía pertenecer a la condesa Ambrogio. Le envié una carta para el señor Greppi, a fin de que pusiera a su disposición un hombre que pagase el valor de todo lo que comprara. Le ordenaba llevar los tres vestidos a casa del pastelero y extenderlos sobre mi cama. Le enviaba una carta para el pastelero en la que le ordenaba prepararme una comida para ocho personas tal día, de carne y de vigilia, sin reparar en gastos. Advertía a Zenobia que todo debía estar preparado en dos veces veinticuatro horas, y que ella debía estar en casa del mismo pastelero esperando el momento de mi llegada en compañía de las damas a las que estaban destinadas los tres vestidos. Le envié mi carta por Clairmont, sin decir a nadie adónde lo enviaba.

A la vuelta de Clairmont, cuando estuve seguro de que mis órdenes serían ejecutadas al pie de la letra, le dije a la condesa madre mientras comíamos que deseaba tener el honor de ofrecerle otra comida del tipo de la que le había ofrecido en Lodi, pero con dos condiciones: una, que ninguno de la familia sabría adónde los llevaba hasta que nos hubiéramos montado en nuestros coches; la otra, que nadie saldría de la casa donde les ofrecería la comida, salvo para volver a montar en los coches que debían traernos de vuelta a Sant'Angelo el mismo día.

La condesa, por guardar el decoro, miró a su marido, que al instante dijo que estaba dispuesto y contento, aunque yo me hubiera propuesto raptar a toda la familia. Le dije que saldríamos al día siguiente a las ocho de la mañana, y que no tenían ninguna necesidad de pensar en los coches. No excluí de la partida al buen canónigo, tanto porque hacía su corte a la condesa Ambrogio como porque se había vuelto muy jugador y perdía todos los días. Ese mismo día había perdido una buena suma de dinero, trescientos cequíes bajo palabra, y durante la cena me dijo que necesitaba que le diese tres días más de plazo hasta que volviera un hombre que enviaría al día siguiente temprano a Milán. Le respondí que todo mi dinero estaba a su disposición.

Cuando nos retiramos, acompañé como siempre a mi encantadora Hebe a su cuarto. Habíamos empezado *La Pluralité des Mondes*,<sup>6</sup> de Fontenelle. Clementina me dijo que, como debía levantarse temprano, quería irse a dormir, y, diciéndole que hacía bien, abrí el Ariosto, y mientras ella se disponía a meterse en la cama, le leí la historia de Fiordispina, princesa de España, que se había enamorado de Bradamante.<sup>7</sup> Al terminar ese delicioso cuento creí ver a Clementina ardiendo de pasión; pero no era así, estaba triste como su hermana Eleonora.

—¿Qué os pasa, divina Hebe? ¿Acaso no os ha gustado Ricciardetto?

—Ricciardetto me ha gustado, y si hubiera estado en el lugar

6. *Entretiens sur la pluralité des mondes* (véase nota 5, pág. 1591), en la que Fontenelle discute la teoría copernicana.

7. *Orlando furioso* (XXV, estrofa 27 y ss.). Al ver a Bradamante vestido con su armadura, Fiordispina se enamora de él creyendo que es un hombre. Ricciardetto es el hermano de Bradamante.

de la princesa yo habría hecho lo mismo; pero si no dormimos esta noche, la culpa será vuestra.

—¿Mía? ¿Qué he hecho?

—¡Ay! Nada. Pero podríais hacernos felices dándonos una gran prueba de amistad.

—Hablad. Mi vida, cuanto tengo, mi voluntad misma, todo es vuestro. Dormiréis.

—Decidnos adónde vamos mañana.

—¿No os he dicho que lo sabréis en el momento de la partida?

—Pero no habremos podido dormir, y estaremos enfadadas todo el día.

—Lo sentiría mucho.

—¿Dudáis de nuestra discreción? Además, ese secreto no puede ser importante.

—Y no lo es; se trata de un secreto formal. Pero voy a revelároslo; haría mal en dudar. Mañana os ofreceré de comer en Milán, en mi casa.

—¿En Milán?

—¿En Milán? —dijo la otra.

Se levantan las dos, tal cual estaban, caen sobre mí, me comen a besos, después me dejan para abrazarse, luego vuelven a sentarse a mi lado y me hablan. No habían visto nunca Milán, nada deseaban tanto como ver esa magnífica ciudad; cuando debían confesar que nunca la habían visto estaban avergonzadas; pero en el mismo instante en que se enteran de que van a tener esa dicha, la idea de que debían volver a Sant'Angelo por la tarde las desesperaba, y la ley de no salir de la casa adonde las llevaría les parecía dura y bárbara.

—Pero ¿se pueden hacer —me decía Clementina— quince millas<sup>8</sup> para ir a Milán nada más que a comer, y deshacerlas después para volver a casa?

—¿Podemos ir —decía Eleonora— sin ver siquiera a nuestra cuñada?

—Había previsto todos vuestros reproches, queridas niñas, y ésa ha sido la razón del secreto; pero así está dispuesta la excursión. ¿Puede desagradaros? Dadme vuestras órdenes.

8. 27 kilómetros aproximadamente.

—¿Desagradarnos? —dijo Clementina—. Esa excursión, tal como la habéis imaginado, no es sino más encantadora.

Diciéndome esto, ebria de alegría y de pasión, no pensó en defenderse del amor. Estaba entre mis brazos como yo estaba entre los suyos, mientras Eleonora había vuelto a meterse en su cama. Clementina se entregó a todos mis deseos y compartió mis transportes, mezclando con sus risas lágrimas que salían de su alma enamorada y satisfecha.

Dos horas después la dejé y me fui a la cama, lleno de felicidad e impaciente por renovarla veinticuatro horas después en un grado mayor de perfección gracias a una sangre más calmada.

Al día siguiente a las ocho desayunamos todos; mas, pese a mi talento, no pude alegrar a toda la familia. Clementina y su hermana disimulaban su alegría, pero los demás, impacientes por saber adónde los llevaba, parecían algo tristes.

Clairmont había cumplido bien mis encargos; los coches estaban listos en el patio; bajamos y coloco en mi carroza a la condesa Ambrogio con Clementina, que llevaba en sus rodillas al niño; luego voy a la otra carroza y digo al resto de la compañía, que se moría de curiosidad:

—Vamos a Milán. Látigo, postillón. A Milán, al Cordusio, a casa del pastelero.

Monto enseguida en mi carroza diciendo a mi postillón lo mismo. Clairmont monta a caballo, y partimos. Clementina se fingía sorprendida, y la condesa Ambrogio tenía el aire que se tiene con una sorpresa agradable que sin embargo da que pensar. Tuvimos todo el tiempo para charlar sobre ese tema y alegrarnos hasta un pueblo en el que descendimos porque, como habíamos ido siempre al galope, había que soltar la brida a los caballos un cuarto de hora.

Encuentro a mis acompañantes contentos, como gente que ha adoptado su decisión.

—¿Qué dirá mi mujer? —dijo mi amigo el conde.

—No se enterará de nada, y en todo caso yo seré el único culpable. Comeréis en una casa donde vivo de incógnito.

—Hace dos años —le dijo la condesa Ambrogio a su marido— que piensas en llevarme a ver Milán, y a nuestro amigo le ha bastado un cuarto de hora para pensarlo.

–Es cierto –le respondí–, pero querría que pasásemos allí un mes.

Le dije entonces que si él quería pasar allí un mes, yo me encargaría de todo; me dio las gracias diciendo que yo era un hombre extraordinario. Le respondí que sólo era un hombre al que no le parecía difícil lo que era fácil.

–Confesad que sois feliz –me dijo la condesa Ambrogio nada más montar en el coche; y asentí.

–Pero es la compañía la que me hace feliz. Echadme de vuestra presencia y seré desdichado.

La hice reír hasta las lágrimas colocando sobre mi seno al niño, que después de haber chupado inútilmente se echó a llorar, quejándose del engaño. La tierna madre lo calmó, gozando del elogio que yo hacía del hermoso cuadro que ella ofrecía a mi vista. En cuanto a belleza, la condesa sólo cedía el primer puesto a su hermana Clementina, que también tenía tres pulgadas<sup>9</sup> más que ella. Nos reímos durante todo el camino, de manera especial del canónigo, que se había encomendado a ella para que yo le diese permiso de ausentarse media hora a fin de hacer una visita. Ella le había respondido que debía someterse a las mismas condiciones que todos los demás. Quería ver a una dama, porque, si llegaba a enterarse de que había estado en Milán sin ir a su casa, nunca se lo habría perdonado.

Llegamos a Milán cuando la campana daba el mediodía y nos apeamos a la puerta del pastelero, cuya mujer cogió enseguida entre sus brazos al noble vástago único de la familia A. B. Suplicó a la condesa que se lo confiara, mostrándole su pecho, que demostraba la idoneidad de su ofrecimiento. Aquella escena de hospitalidad nutricia tuvo lugar al pie de la escalera, y la condesa aceptó la cortesía de la buena pastelera con un aire de dignidad que me encantó. Me creía el autor de todas las pequeñas bellezas que el azar enviaba para hermohear la obra que mi genio había producido. Era el más feliz de todos mis actores, y sentía esa felicidad.

La condesa se cogió de mi brazo y entramos en mi piso, que no podía estar más limpio. Me quedé sorprendido al ver a Ze-

9. 8 centímetros aproximadamente.

nobia con la joven abandonada por Croce, cuya belleza era tan deliciosa que casi no la reconocí. Iba vestida con mucha elegancia, y su cara, liberada del aire de tristeza que le había visto cuando la había confiado a Zenobia, se había vuelto fascinante.

–¡Vaya dos deliciosas *pollitas*! –dijo la condesa milanesa–. ¿Quiénes sois, señoritas?

–Somos –le respondió Zenobia– las muy humildes esclavas del señor caballero, y sólo estamos aquí para tener el honor de servirlos.

Zenobia había asumido la responsabilidad de ir a mi casa en compañía de la otra, que ya empezaba a hablar italiano y que me miraba con ojos inseguros, temiendo que pudiera parecerme mal. Pero la tranquilicé enseguida diciéndole que había hecho bien en acompañar a Zenobia. Su frente se serenó. Aquella joven no podía ser desgraciada mucho tiempo, porque no se la podía mirar sin interesarse por ella. Una carta de recomendación inscrita en la fisonomía por la belleza no está sujeta nunca a bancarrota.<sup>10</sup> Todo el que tiene ojos la paga a la vista. Mis muy humildes servidoras recogen, pues, las manteletas de las damas, que las siguen al dormitorio, donde ven los tres vestidos desplegados y extendidos sobre una gran mesa. Yo sólo tenía noticia del vestido de raso perla con encajes porque lo había encargado. Fue la propia condesa Ambrogio quien lo vio antes que las otras dos.

–¡Qué vestido tan maravilloso! –dijo ella–. ¿Sabéis a quién pertenece?

–Por supuesto que lo sé. Pertenece a vuestro marido, que hará con él lo que quiera. Espero que, si os lo regala, no le hagáis la afrenta de rechazarlo. Mirad, señor conde, ese vestido es vuestro. Y me mataré si no me hacéis el honor de aceptarlo.

–Os queremos demasiado para dejar que os matéis. La broma es tan noble como nueva. Recibo el vestido con esta mano, y lo doy con esta otra a mi querida mitad.

–¿Cómo, mi querido amigo? Este vestido, este delicioso vestido, ¿es mío? ¿A quién debo dar las gracias? A los dos. Quiero comer con él por encima de todo.

Los otros dos no eran tan magníficos, pero sí más brillantes,

10. Juego a partir de *lettre*: «carta», pero también «letra de cambio».

y yo disfrutaba viendo los ojos de mi ángel pegados al más largo, y a Eleonora, que sólo miraba el que estaba segura de que yo le había destinado. Uno era de raso con rayas verde manzana y color de rosa adornado con flores de pluma; y el otro, azul celeste, sembrado de ramos de cinco o seis colores, adornados con puntillas de gruesos nudos que producían un bellissimo efecto. Fue Zenobia la que de buena fe le dijo a Clementina que el rayado era para ella.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Porque es el más largo de los tres.

—Entonces, ¿es mío? —me preguntó.

—Me atrevo a esperarlo.

—Voy a ponérmelo.

A la condesa Eleonora, por su parte, el suyo le pareció de un gusto que superaba a los otros dos. Las dejamos solas.

Salí de la habitación con los dos condes y el canónigo, que iban pensativos. Debían de estar cavilando sobre la prodigalidad de los jugadores a los que no les costaba nada el dinero; pero de todos modos los veía sorprendidos, y sorprender era mi pasión. Era un sentimiento desenfrenado de amor propio que me volvía superior a los que me rodeaban; me bastaba creerlo. Habría despreciado a quien se hubiera atrevido a decirme que se burlaban de mí, y sin embargo es posible que me hubieran dicho la verdad.

Animado por mi contento, comuniqué mi alegría a mis invitados. Abracé cordialmente al conde Ambrogio pidiéndole perdón por los regalos que había hecho a su familia, y di mil veces las gracias a su hermano por habérmela hecho conocer.

Las bellas condesas no tardaron en aparecer, brillantes como astros; las tres se decían seguras de que yo les había tomado sus medidas, pero no sabían cómo. La condesa Ambrogio explicaba que yo había mandado hacer su vestido de tal modo que podía ensancharlo cuando estuviera embarazada; y admiraba los adornos, que debían de costar cuatro veces más que el vestido. Clementina no podía separarse del espejo; se figuraba que con los colores rosa y verde yo había querido darle los atributos de Hebe. En cuanto a la condesa Eleonora, seguía afirmando que el suyo era el más bonito.

Lleno de alegría por la satisfacción de mis bellas, nos sentamos a la mesa, todos con gran apetito. Nos sirvieron en aquella comida todo lo más fino en carne y de vigilia que se podía imaginar, y unas ostras del arsenal de Venecia<sup>11</sup> que el pastelero había tenido la habilidad de sustraer al mayordomo del duque de Módena, y que hicieron nuestras delicias. Comimos trescientas, y vaciamos veinte botellas de champán. Estuvimos tres horas a la mesa, bebiendo y charlando, servidos por las bellas señoritas cuyos encantos podían rivalizar con los de aquellas que las admiraban.

Hacia el final de la comida entró la mujer del pastelero, llevando al pecho el niño de la condesa. Fue un nuevo golpe de teatro: la alegría de la querida mamá, que lanzó un grito de júbilo al verlo, y la pastelera, que parecía orgullosa de haber ocupado el lugar de la condesa durante cuatro horas enteras.

Todavía pasamos una hora bebiendo ponche y riendo; luego las condesas fueron a desvestirse. Zenobia tuvo cuidado de colocar en mi carroza los tres vestidos en una cesta. La muchacha abandonada por della Croce<sup>12</sup> encontró un momento para decirme que estaba muy satisfecha de Zenobia y preguntarme cuándo partiríamos. Le prometí que estaría en Marsella quince días después de Pascua a más tardar.

Zenobia, a la que interrogué aparte, me aseguró que era una muchacha de excelente carácter y muy honesta, hasta el punto de que la entristecería verla partir. Muy satisfecho por los hermosos vestidos que había comprado, le regalé doce cequíes. Me dijo que encontraría los recibos del prendero en manos del oficial del señor Greppi. Contento con todo, pagué al buen pastelero cuanto quiso. Yo amaba, era amado, gozaba de buena salud, tenía mucho dinero y lo gastaba, era feliz y me lo decía a mí mismo riéndome de los necios moralistas según los cuales no hay verdadera felicidad en la tierra. Es la expresión *en la tierra* la que me hace reír, como si se pudiera ir a buscarla a otra parte.

11. No se han encontrado rastros de ese arsenal; al parecer, Casanova se refiere a las ostras de la laguna de Venecia, famosas desde el siglo XV.

12. Véase nota 13, pág. 2128.

*Mors ultima linea rerum est.*<sup>13</sup> Hay una felicidad perfecta y real mientras es permanente; esa felicidad pasa, pero su final no impide que no exista, ni que quien haya gozado de ella no pueda darse a sí mismo testimonio de su existencia. Los hombres que no la merecen son los que, poseyéndola, la ocultan, o esos otros que, teniendo los medios para procurársela, la descuidan. *Carpe diem quam minimum credula postero*,<sup>14</sup> y en otro pasaje: *Pru-dens futuri temporis exitum caliginosa nocte premit Deus ride-tque si mortalis ultra fas trepidat. Quod adest memento com-ponere æquus: cætera fluminis ritu feruntur.*<sup>15</sup>

Partimos de la casa del pastelero a las siete y llegamos a Sant' Angelo hacia medianoche; fuimos inmediatamente a acostarnos; pero yo no dejé a Clementina hasta después de haber pasado con ella esas horas que vuelven dichoso al hombre, y que lo hacen feliz siempre que, encontrándose bien de cuerpo y de espíritu, las evoca.

—¿Piensas —me dijo ella— que después de que te vayas voy a poder vivir feliz?

—Durante los primeros días los dos seremos desdichados, pero poco a poco nuestro fuego se calmará bajo la ceniza de la filosofía.

—Has de admitir que tú te consolarás fácilmente con tus señoritas; pero no vayas a creer que estoy celosa, porque me daría horror a mí misma si me supiera susceptible de un consuelo semejante al que tú desde luego te procurarás.

—Te ruego que no lo imagines siquiera. Las muchachas que has visto no están hechas para reemplazarte, ni pueden conseguir que me ocupe de ellas. La más alta es la mujer de un sastre, y la otra una joven honesta que debo llevar a Marsella, su patria, donde un desgraciado la raptó tras haberla seducido. En el fu-

13. «La muerte es la última línea de todas las cosas», Horacio, *Epístolas*, I, 16, 79.

14. «Goza de la vida presente, cuenta con el futuro lo menos que puedas», Horacio, *Odas*, I, 11, 8.

15. «En su sabiduría la divinidad esconde el futuro en la noche de los tiempos y se ríe si un mortal en su inquietud dirige su mirada más allá de lo permitido. Piensa en soportar el presente con espíritu sereno: todo lo demás es llevado como el agua de un río», Horacio, *Odas*, III, 29, vv. 29-34.

turo y hasta mi muerte tú serás la única que reinará en mi alma, y si alguna vez me dejo arrastrar por los sentidos y estrecho entre mis brazos un objeto que me haya seducido, vendrá luego, mi querida amiga, el horrible arrepentimiento para vengarte y hacerme desgraciado.

—Estoy segura de que nunca seré desgraciada por ese motivo. Pero no comprendo cómo, amándome como me amas, y teniéndome entre tus brazos, puedes creer en la posibilidad de serme infiel.

—No lo creo, lo supongo.

—A mí me parece lo mismo.

¿Qué responder? Tenía razón a pesar de que se equivocaba, pero lo que la engañaba era el amor; el mío no desplegaba una fuerza igual a aquella con la que el suyo le impedía prever el futuro. Yo razonaba mejor porque amaba menos. El hombre convencido de que las cosas son así no sabe responder, si se encuentra entre los brazos de su amada, más que suspiros y besos mezclados con lágrimas.

—Llévame contigo —me dijo—, estoy dispuesta. Seré feliz. Si me quieres, debes estar satisfecho de tu propia felicidad. Hagámonos felices el uno al otro, querido amigo.

—No puedo deshonrar a tu familia.

—¿No me encuentras digna de ser tu mujer?

—Eres digna de un monarca, y soy yo el indigno de poseer a una muchacha como tú. Has de saber que no tengo nada en el mundo más que la fortuna, que puede abandonarme mañana. Si estoy solo, no temo sus reveses; pero me mataría si te viera compartir mis desdichas.

—¿Por qué tengo la impresión de que nunca puedes llegar a ser infeliz, y por qué estoy segura de que sólo puedes ser feliz conmigo? Tu amor no se parece al mío si no tienes en él una confianza igual a la mía.

—A diferencia de ti, ángel mío, tengo una amarga experiencia que, haciéndome temblar por el futuro, alarma al amor. Y el amor asustado pierde en fuerza lo que gana en razón.

—¿Razón cruel! ¿Debemos entonces firmar nuestra separación?

—Mi corazón se quedará contigo; me marcharé adorándote, y

si la fortuna me acompaña en Inglaterra, me verás aquí el próximo año; compraré una tierra donde quieras, y te la regalaré, seguro de que me la llevarás como dote, y nuestros hijos harán nuestras delicias.

—¡Ah, delicioso futuro! Es un sueño. ¿Por qué no puedo dormirte y hacerlo durar hasta mi muerte? Pero ¿qué haré si me dejas embarazada?

—¡Ah, mi divina Hebe! Eso no sucederá. Entonces, ¿no te has dado cuenta de que te he respetado?

—¿Respetado? No sé nada de eso, pero me lo imagino y te lo agradezco. ¡Ay de mí! Sólo has nacido para causarme penas. No. Nunca podré arrepentirme de haberme entregado al amor entre tus brazos. Toda la familia dice que aquí eres feliz y que mereces serlo. ¡Qué elogio! Querido amigo, no podrías creer cómo palpita de alegría mi corazón cuando oigo decir eso en tu ausencia. Cuando me dicen que te amo, respondo que te adoro, y tú sabes que no miento.

Con estos diálogos íbamos llenando los intervalos de nuestros transportes amorosos durante las cinco o seis últimas noches que pasamos juntos. Su hermana, acostada a nuestro lado, dormía o fingía hacerlo. Cuando me retiraba, iba a acostarme, me levantaba tarde, luego paseaba todo el día a solas con ella o en familia.

¡Qué vida! ¿Es posible que un hombre, dueño de sí mismo, pueda decidirse a dejarla? La fortuna me había hecho ganar al canónigo todo el dinero que yo había dejado ganar a toda la familia, cuyo juego nunca controlaba. Sólo Clementina se negaba a aprovecharse de mi falta de atención; pero los dos últimos días la obligué a llevar la banca a medias conmigo, y, como el canónigo seguía siendo desafortunado, ella ganó un centenar de cequíes. Este buen fraile perdió mil cequíes, de los que setecientos se quedaron en la casa.

La última noche que pasé entera con mi ángel fue muy triste; habríamos muerto de dolor si el amor no hubiera venido de vez en cuando en nuestra ayuda.

Cuando aparecimos en familia, en la última media hora, para desayunar todos juntos, Clementina y yo parecíamos estar en la agonía; pero nos respetaron. No me vieron alegre, pero nadie

me preguntó el motivo. Les prometí darles noticias mías y volver a su casa al año siguiente; y les escribí; pero dejé de hacerlo cuando las desgracias que me abrumaron en Londres me hicieron perder la esperanza de volver a verlos. No volví a verlos más; pero nunca he podido olvidar a Clementina. Seis años después, a mi regreso de España, supe, y lloré de placer, que vivía feliz, marquesa de ..., en la ciudad de ..., casada desde hacía tres años y madre de dos niños varones, el menor de los cuales tiene ahora veintisiete años y es capitán en el ejército austriaco. ¡Cómo me habría gustado verla! Cuando, al volver de España, me enteré de la feliz condición de Clementina, yo era desgraciado. Iba en busca de fortuna a Livorno después de haber atravesado la Lombardía. Estuve a cuatro millas de una tierra donde ella podía estar con su marido; pero no tuve valor para ir a verla. Quizás hice bien.

Antes de bajar para partir, y viendo a toda la familia dispuesta a acompañarme hasta mi carroza, y no viendo a Clementina, fingí haber olvidado algo para ir a darle el último adiós. La encontré deshecha en lágrimas, y sofocada por los sollozos: no pudo decirme una sola palabra. Mezclando mis lágrimas a las suyas, tomé de sus trémulos labios el último beso y la dejé allí. Después de haber dado de nuevo las gracias y abrazado a toda la familia, partí con mi querido conde y, en menos de tres horas, siempre durmiendo, llegamos a Milán, a su casa, donde encontramos con la condesa, que no nos esperaba, al marqués Triulzi. Después de haberse reído de la mejor gana, este hombre amable mandó a recoger de su casa comida para cuatro. Supieron decirnos que habíamos estado en Milán, y la condesa se quejó de que no la habíamos avisado; pero el marqués la tranquilizó diciéndole que se habría visto obligada a darnos de comer.

Durante la comida les dije que partiría para Génova cuatro días después, y para mi desgracia el marqués Triulzi me prometió una carta para la señora Isolabella,<sup>16</sup> célebre coqueta, y la condesa me prometió otra para el obispo de Tortona,<sup>17</sup> pariente suyo.

16. Se trata de la señora Isolabella, de la que habla Teresa Attendolo-Bolognini en su carta de finales de marzo de 1763 a Casanova.

17. De 1743 a 1783, Giuseppe Luigi Andújar O. S. D., nacido en

Llegué a Milán a tiempo de desear buen viaje a mi querida Teresa, que se iba a Palermo.<sup>18</sup> Le hablé de la inclinación de nuestro hijo don Cesarino, tratando de persuadirla a secundarla. Me respondió que lo dejaba en Milán, que ya sabía ella en qué fuente había nacido su pasión, y que nunca se decidiría a consentirla; me dijo que esperaba encontrarlo cambiado a su vuelta; pero no cambió. El lector tendrá más noticias dentro de quince años.

Saldé mis cuentas con Greppi, que me dio letras de cambio sobre Marsella, y una carta de crédito de diez mil francos sobre Génova, donde suponía que no necesitaría mucho dinero. A pesar de mi suerte en el juego me iba de Milán con mil cequíes menos. Había gastado dinero de una forma frenética.

Pasé todas las tardes en casa de la marquesa Q., o bien solos o bien acompañados por su hermana. Como tenía continuamente ante los ojos de mi alma la imagen de Clementina, me parecía otra.

Como no había motivo alguno para ocultar al conde A. B. a la señorita que llevaba conmigo, envié a Clairmont a recoger su pequeño equipaje después de haber pagado a Zenobia todos los gastos que había hecho por ella, y vino a mi casa el día de mi marcha muy elegantemente vestida a las ocho de la mañana.

Después de haber besado la mano a la condesa que había atentado contra mi vida, y haber dado las gracias a mi querido conde, partí de Milán el 20 de marzo de 1763,<sup>19</sup> y desde entonces no he vuelto más.

La señorita, que por respeto hacia ella y a su familia llamaré Crosin, era encantadora y tenía un aire de nobleza que imponía, además de un tono de reserva que anunciaba su buena educación. Al verla a mi lado me felicitaba por no sentirme en peligro de enamorarme; pero me equivocaba. Advertí a Clairmont que quería presentarla como sobrina mía, y le ordené tener con ella todas las atenciones.

1699 de padre español y madre italiana; en 1763 tenía por lo tanto sesenta y cuatro años, y no ochenta.

18. Probablemente se trate de Parma.

19. La fecha que Casanova da para este viaje de Milán a Génova es bastante exacta.

Como no había hablado nunca con ella, mi primer cuidado fue sondear su ánimo, y, a pesar de no tener intención de hacerle el amor, inspirarle amistad y confianza. La llaga que Clementina había provocado en mi corazón no podía cicatrizar. Me felicitaba por encontrarme en condiciones de devolverla al seno de su familia sin contrariedad alguna y seguro de que me despediría de ella sin pena. Disfrutaba por adelantado de mi buena acción y estaba orgulloso de verme capacitado para vivir con una muchacha muy guapa sin otro interés que el heroico de preservarla del oprobio en que habría podido caer si hubiera tenido que hacer aquel viaje sola. Ella misma se daba cuenta.

—También —me dijo— estoy convencida de que el señor della Croce no me habría abandonado nunca si no os hubiera encontrado en Milán.

—Os admiro. Creedme, se ha comportado como un cobarde, pues a pesar de todos vuestros méritos no podía estar seguro de poder contar conmigo. No os diré que os haya dado muestras de desprecio, porque quizás era presa de la desesperación, pero debéis estar convencida de que no os amaba.

—Estoy segura de lo contrario. Viéndose sin recursos debía abandonarme o matarse.

—Ni lo uno ni lo otro. Debía vender todo lo que teníais y devolveros a Marsella. Desde Génova habríais llegado por agua por muy poco dinero. Croce contó con el interés que vuestra bella figura inspira, y calculó bien; pero ya podéis suponer con qué riesgos. Creedme, cuando se ama no se puede soportar una idea así. Permitidme que os confiese que, si no me hubierais impresionado, mi interés por vos habría sido muy débil. Pero hago mal en condenar a Croce, pues veo con toda claridad que aún estáis enamorada de él.

—Es cierto; lo compadezco sólo al lamentarme de mi cruel destino. No volveré a verlo, pero tampoco volveré a amar a nadie. Me retiraré a un convento. Mi padre, que tiene un corazón generoso, me perdonará. Fui víctima del amor; mi voluntad no era libre. Cuando lo pienso, llego a la conclusión de que no puedo arrepentirme.

—¿Os habríais ido de Milán con él, a pie incluso, si os lo hubiera pedido?

—¿Lo dudáis? Pero él me amaba demasiado para exponerme a las fatigas y a la miseria.

—Estoy seguro de que, si lo encontramos en Marsella, volveréis con él.

—Eso sí que no. Empiezo a recuperar la libertad de mi alma. Llegará un día en que agradeceré a Dios haberlo olvidado por completo.

Me gustó la sinceridad de aquella muchacha, y, como conocía la fuerza del amor, la compadecí. Tardó dos horas en contarme con todo detalle la historia de su desdichada pasión.

Tras llegar a Tortona al anoecer pensé en acostarme, dejando a Clairmont el cuidado de encargarme una buena cena. Pero durante esa cena mi pretendida sobrina desplegó ante mis ojos una especie de inteligencia que no me esperaba. Además de que estuvo a mi altura a la hora de saborear los buenos estofados con el vaso en la mano. La encontré simpática, alegre, capaz de saber estar en buena compañía, y sin volver a hablarme de su infeliz amador. Después de habernos levantado de la mesa, a propósito de no sé qué dijo una frase ingeniosa que, después de hacerme soltar una carcajada, provocó en mí un gusto decidido por ella. La abracé con arrebato y, tras encontrar en su hermosa boca un beso tan ardiente como el mío, vino a seducirme la idea del amor. Le pregunté si quería que nos acostásemos juntos.

Muestra sorpresa ante la invitación y en tono serio, con un aire de sumisión, hecho adrede para desagradarme, me responde:

—¡Ay!, sois dueño de hacerlo.

—¿Dueño? No se trata de obediencia, ni siquiera de complacencia. Me habéis inspirado sentimientos de amor, pero si no los compartís puedo ahogarlos en su cuna. Como veis, aquí hay dos camas.

—Entonces iré a acostarme en la otra. Si vuestras bondades disminuyen por eso, me sentiré desgraciada.

—No, no, ángel mío; no me encontraréis digno de vuestro desprecio. Id a acostaros. Sabré ganarme vuestra estima.

Sacó un biombo y se acostó después de haberse desnudado por completo, como supe por ella misma en Génova varios días después.

Al día siguiente muy temprano, envié al obispo de Tortona la

carta de la condesa A. B. Un momento después, mientras desayunaba con mi sobrina, un viejo sacerdote vino a invitarme a comer con Monseñor, junto con la dama que me acompañaba. La carta de la condesa no le hablaba de que conmigo pudiera estar una dama; pero el prelado español, muy cortés, vio que yo no podía dejarla sola y que no habría aceptado su invitación; me obligó a aceptarla invitándome con ella. Es probable que se enterase de que aquella dama era mi sobrina por la información que yo había dado en la posada. Le dije al sacerdote que iría.

Mi sobrina estaba de muy buen humor, y me trató como si yo no hubiera debido ser sensible en absoluto a la preferencia que había dado a su cama más que a la mía. Eso me gustó. Con más calma, comprendía que se habría envilecido si hubiera obrado de otra manera. Ni siquiera me sentía ofendido. El amor propio ordena a una mujer inteligente rendirse a los deseos de un amante sólo cuando puede suponerla ganada por sus atenciones. Yo la había invitado a acostarse en mi cama por guardar las formas. Había bebido demasiado. La había visto halagada cuando le dije que la llevaría a comer conmigo a casa del obispo. Se vistió con mucha elegancia y decencia. A mediodía, Monseñor nos envió una carroza.

Me encontré frente a un prelado dos pulgadas más alto que yo, de ochenta años, pero fresco, serio y afable. Cuando mi sobrina quiso besarle la mano, la retiró, presentándole la cruz de oro que llevaba sobre el pecho. Ella se la besó diciendo:

—Es lo que amo.<sup>20</sup>

Me miró entonces, y esta sutil broma me sorprendió un poco. En la mesa encontré en el obispo a una persona docta. Éramos nueve o diez; había invitado a cuatro sacerdotes, y además a dos jóvenes caballeros que tuvieron con mi sobrina toda suerte de atenciones, que ella acogió como mujer habituada desde siempre a recibirlas. Observé que el obispo nunca fijó sus ojos sobre su preciosa cara, ni siquiera cuando le dirigía la palabra. Decidí conquistar con atenciones el tierno cariño de aquella muchacha.

20. Juego de palabras entre Croce (el hombre que la joven amaba) y la cruz (en italiano, también *croce*).

Salí de Tortona a las cuatro, y fui a dormir a Novi. Durante la cena hice girar la charla sobre la religión, y como me pareció buena cristiana le pregunté cómo había podido bromear mientras besaba la cruz de Nuestro Señor. Me dijo que sólo el puro azar le había proporcionado aquel equívoco, y que si hubiera pensado en ello la frase no habría salido de su boca. Fingí creerla. Era inteligente. Los deseos que me inspiraba se volvían más fuertes a cada instante, pero mi amor propio me obligaba a contenerlos. Me abstuve de abrazarla cuando se fue a acostar; pero como no había biombo, no se desnudó hasta que me creyó dormido. Al día siguiente partimos a las seis, y a mediodía llegábamos a Génova.

Fui a alojarme en una casa burguesa cuyas señas me había enviado Pogomas a Milán. Me había alquilado un apartamento de cuatro habitaciones muy bien amueblado, que me gustó mucho. Le mandé decir que había llegado, y encargué la comida.